

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

EL PLANO ASTRAL

Y OTRAS NOVELAS CORTAS



Cuando se habla de la faceta narrativa de Jardiel Poncela, generalmente se mencionan sus cuatro novelas largas: *Amor se escribe sin hache*, *¡Espérame en Siberia, vida mía!*, *Pero... ¿hubo alguna vez once mil vírgenes?* y *La «tournée» de Dios*. Sin embargo, el autor escribió otras veintiséis novelas de diversas dimensiones que merecen también ser conocidas y apreciadas, por sus múltiples valores literarios. El presente volumen incluye los ejemplos más destacados de estas novelas, que van desde la sátira política (*El naufragio del «Mistinguett»*) al espiritismo (*El plano astral*), desde el relato romántico (*La sencillez fragante*) al de misterio (*El secreto de Máximo Marville*) y otras. Es una especie de muestrario estilístico de las capacidades de Jardiel para tocar diversos géneros, todos ellos manejados con la misma maestría.

Un Jardiel serio y romántico

Bajo la protección de su padre, el periodista Enrique Jardiel Agustín, Jardiel Poncela se inició en el mundo literario por medio de la prensa. A principios de los años veinte, Jardiel trabajaba como periodista en diversos diarios: *Los Lunes del Imparcial*, *ABC*, *La Nueva Humanidad*, *La Libertad*, *La Acción*, etc. Sus primeras novelas cortas aparecieron a partir de 1919 en el afamado diario *La Correspondencia de España*. Como el autor confesó en una carta a sus hermanas, le encargaron varias y se las pagaron a cien pesetas.

Son obras menores y, en general, tremebundas. Nuestro autor parecía hallarse seducido por las catástrofes y si una historia no contenía asesinatos o suicidios, le parecía carente de interés. Así es que, para dar rienda suelta a su tanatofilia, fundó la colección «La Novela Misteriosa», donde publicaría nueve de sus novelas cortas de misterio. Estas novelas eran pequeñas narraciones en las que lo detectivesco presidía unos argumentos muy efectistas. Aparecían cada semana y para el autor supusieron un enorme esfuerzo que hubo de realizar durante varios meses.

Jardiel publicó estas novelas cortas en diferentes colecciones, como «La Novela de Amor», «La Novela Pasional», «Nuestra Novela» o «La Novela Deportiva», entre otras. Éstos fueron los títulos de las que no quiso reeditar: *La victoria de Samotracia* (1919), *El condenado a muerte* (1920), *La dama rubia* (1920), *El caso de sir Horacio Wilkins* (1922), *Aventuras de Torthas y Pan Pin Tao* (1922), *El plano astral*

(1922), *El misterio del triángulo negro* (1922), *La voz muerta* (1922), *El espantoso secreto de Máximo Marville* (1922), *Dos manos blancas* (1922), *El hombre de hielo* (1922), *Una aventura extraña* (1922), *La sonrisa de Vadi* (1922), *El aviso telefónico* (1922), *El silencio* (1922), *Las huellas* (1922), *El hombre a quien amó Alejandra* (1924), *El infierno* (1924), *La muchacha de las alucinaciones* (1924), *La sencillez fragante* (1925), *Una ligereza* (1925), *Las defensas del cerebro* (1925), *Lucrecia y Mesalina* (1925), *La puerta franqueada*, (1826), *Ocho meses de amor* (1926), *El misterio del tres de enero* (1926), *La Olimpiada de Bellas Vistas* (1926), *Jack, el Destripados* (1926) y *Las infamias de un vizconde* (1927).

Se puede decir que todas estas novelas constituyen la prehistoria literaria de Jardiel, a la que luego renunció a reconocer como suya por considerarla carente de valor. Además, en esos años escribió otras cinco novelas que quedaron inéditas: *Monsalud de Brievas*, *La voz de alarma*, *El testamento de Jonas Clay*, *El balazo* y *El devocionario de Valentina*.

De entre todas estas novelas, fueron muy pocas las que Jardiel quiso conservar y mantener como suyas, pues repudió el resto por su escasa calidad y no las incluyó en las ediciones de recopilación de sus obras que él mismo supervisó.

Su labor posterior en este campo fue más reducida. En 1936 escribió *Los 38 asesinatos y medio del castillo de Hull*, que no era sino una amalgama de una serie de cuentos publicados en la revista *Buen Humor*, que versaban sobre unas cómicas aventuras de Sherlock Holmes (en los que el mismo Jardiel ayudaba al célebre detective y hacía las veces de doctor Watson).

En 1938 publicó *El naufragio del «Mistinguett»*, que cierra esta antología. Al año siguiente aparecería *Diez minutos antes de la medianoche*, que no es sino la versión narrativa de lo que más adelante se convertiría en el Prólogo a su comedia de 1941 *Los ladrones somos gente honrada*.

En esta selección se ha pretendido mostrar diversos aspectos de Jardiel, desconocidos incluso para muchos de sus fieles seguidores. Por ello hemos elegido ejemplos de novela política, de misterio e incluso romántica, donde podemos ver desde el Jardiel más satírico al más serio y emotivo.

El plano astral

Una de las obras de juventud que Jardiel consideró digna de figurar junto con el resto de su producción fue *El plano astral*, subtitulada *Revelaciones del más allá*, publicada por entregas en el diario *La Correspondencia de España* en 1922. En este libro, ambientado en Birmingham y otros lugares de Inglaterra durante los últimos años del siglo XIX y primeros del XX, no aparece todavía el humor característico de Jardiel. Trataba del tema «más allá» y daba rienda suelta a sus inquietudes espiritistas y al gusto por lo misterioso y los temas de ultratumba que perduraría en toda su trayectoria literaria. No olvidemos que es la época del apogeo en España del teosofismo y de las teorías de Mario Roso de Luna. La novela fue premiada por el jurado del concurso de Novelas Cortas organizado ese año por el Círculo de Bellas Artes. Años más tarde, Jardiel escribiría sobre esta novela lo siguiente:

Respecto a los grandes problemas del «más allá», tengo ahora ideas que no se parecen en nada a las que tuve en un principio. En la adolescencia y comienzo de la juventud, fui un gran espiritualista: hasta escribí un libro (malísimo), *El plano astral*, y hoy el espiritualismo me arranca

bostezos de hora y cuarto. Entonces, la contemplación de un cadáver me hundía en profundas meditaciones, y me hacía preguntas, y me imaginaba respuestas, e incluso creía ver, en el vidrio entelado de aquellas pupilas, reflejos misteriosos de Regiones Inaccesibles. Hoy contemplo un cadáver y no se me ocurre decir más que:

—Está muerto. [OC, VI, 426].

En esta novela parapsicológica, de estructura y planteamiento convencionales, unos científicos buscan el medio de comunicarse con los muertos. Es la primera incursión de Jardiel en este tema, que aparecería luego en tono cómico en varias de sus comedias como *Angelina o el honor de un brigadier*, *Un marido de ida y vuelta* o *Blanca por fuera y Rosa por dentro*. Se cuenta la historia de un *medium* que, ante la próxima muerte de su amada por una enfermedad incurable, accede a morir para poder buscar el remedio en el otro mundo y comunicarlo a los vivos mediante un aparato, el telepsíquico, que su padre ha inventado. La muerte del protagonista no resulta inútil, pues el espíritu visita a la joven enferma y la impresión la salva temporalmente.

La narración mantiene el interés y tiene un ritmo rápido, conseguido con párrafos muy cortos y sintéticos. Es especialmente curioso un episodio en el que el protagonista, mediante técnicas de autosugestión y el contacto con un fósil antediluviano, se traslada mentalmente al pasado y describe con gran realismo una escena prehistórica llena de crudeza. Otro pasaje muy logrado es el momento en el que el joven se deja morir desangrado ante la atenta mirada de los científicos, sin dejar de dar instrucciones sobre la manera de llevar a cabo el experimento tras su óbito. El fragmento más interesante, empero, es el que incluye las comunicaciones del joven desde el plano astral, describiendo el proceso físico de la muerte y lo que la mente experimenta en dicho plano de existencia:

En este plano maravilloso e inconmensurable nada comienza ni acaba; no hay principio ni fin.

En aquel mismo punto se siente, ¿cómo te diría yo?, como si el alma, que es infinita como el Cosmos y diminuta como un electrón, fuese una flor inconcebiblemente grande que se abre-se merced a un impulso, desconocido para todos; para nosotros, divino.

Cuanto el alma ha sentido en el plano físico no es comparable a lo que desde el primer segundo se siente en el plano astral.

No «hay» cuerpos, nada se «ve», nada se «oye».

Se «presienten» fuerzas, fluidos en derredor de nosotros.

Desaparecen las sensaciones de tamaño, distancia y tiempo.

No hay pasado, futuro ni presente.
No existe el espacio ni la magnitud.
No se tiene conciencia de existir.
Se vive en un foco de luz.

Dominándolo todo se presiente un fluido, ante cuya magnificencia todo se «borra», todo se «apaga».

Se siente entonces la idea infinita de Dios.

Una dulzura quintaesenciada nos «invade»; una paz incomprensible nos «seduce»: es como si «muriésemos viviendo»...

Y en ese estado único, en ese «no ser», absorbido por una «sensación espiritual» maravillosa, el influjo de «algo» glorioso nos hace ver claramente todo cuanto de malo y de bueno hici-

mos sobre la Tierra, en el plano físico. [OC, V, 969].

Sin embargo, la novela acaba con un punto de incertidumbre y los científicos creen haber sido víctimas de una autosugestión. Llegan a la conclusión de que nunca han recibido un mensaje del otro mundo y abandonan sus experimentos.

Ha de añadirse que es una novela más bien sentimental, casi romántica, en cuanto que el protagonista sacrifica su vida para salvar la de su novia enferma. El fantástico final —ella muere poco después de ser violada por el espíritu de su novio— sostiene ese clima romántico.

El secreto de Máximo Marville

Esta novela corta fue otra de las que pasaron la criba de la calidad. Se publicó en la colección «La Novela Misteriosa» en 1922 con el título de *El espantoso secreto de Máximo Marville*. Esta pieza, como las de esa época, presentaba un planteamiento «serio» en torno a una trama de misterio. Se dan en ella elementos argumentales de originalidad y una habilidad máxima en el desarrollo de la intriga.

La historia versa sobre un marido engañado —Marville— quien con la ayuda de *el Largo*, un asesino al que ha dado cobijo en su finca, aprisiona a la esposa adúltera y a su amante y los encierra durante años en unas jaulas de reducidas dimensiones para que paguen por sus culpas. Esto no se averigua hasta el final de la narración, en la que el protagonista —el conde de Ibiza, un amigo de Marville— le visita en su apartada finca y va poco a poco entrando en sospechas hasta que encuentra unas hojas a medio quemar de

un diario donde Marville describe el sufrimiento de los amantes. El conde de Ibiza descifra el sentido de las pocas palabras legibles, descubre lo que está sucediendo y rescata a la pareja.

El estilo es muy escueto y cuidado, alternándose de manera muy equilibrada los elementos narrativos con diálogos directos que mantienen continuamente el interés.

También ha de mencionarse la actitud de Jardiel ante el tema del adulterio, pues justifica por completo a la esposa y al amante, a los que presenta como víctimas, e insiste en la desmesurada crueldad del marido y mostrando la venganza del honor como un execrable vestigio del pasado, sólo justificable por la locura.

Pero entre los elementos trágicos que llevaron a Jardiel a calificar el secreto de Marville como «espantoso», se apunta ya la visión irónica y mordaz del autor, se percibe un conato del humorismo que luego cultivaría ya durante toda su vida. Tras el descubrimiento y la liberación de los infortunados amantes, sometidos a terribles torturas, el autor renuncia al tremendismo y finaliza el relato de una manera distanciada y cómica, al comunicarnos la situación presente de los personajes:

En la actualidad, Máximo Marville yace en la celda de un manicomio.

Clarisa y su amante van curándose gracias a las corrientes eléctricas.

El Largo ha sido condenado a la última pena y ejecutado hace una semana.

Y el conde de Ibiza ha ganado el primer premio en el Tiro de Pichón. [OC, IV, 684].

La sencillez fragante

Se halla inserta esta novela de 1925 en la colección «Nuestra Novela» y se trata de un relato que podría calificarse de «novela rosa» por sus elementos sentimentales y románticos, que Jardiel maneja con soltura y sin exageraciones.

Un comediógrafo visita a un amigo novelista y le confiesa que va a abandonar a su mujer, en la que reconoce cariño y fidelidad, pero a la que acusa de no participar en su vida intelectual y literaria. El novelista, para disuadirle, le cuenta una experiencia propia. Había encontrado a la compañera llena de ternura y dulzura, pero una mujer «culta» se cruzó en su camino y le incitó a que abandonar a su compañera para seguirla a ella. Tras unos meses azarosos, el novelista se percató de que la espiritualidad de su nueva amiga era sólo aparente y que todo había sido un espejismo. Además, se vio abandonado por ella y cuando intentó regresar junto a la mujer ideal que siempre le había amado, ella ya había muerto de dolor. La experiencia convence al dramaturgo de que no debe abandonar a su mujer.

Pese a la trama amorosa, la novela es una reflexión profunda sobre el arte y su relación con la vida. Es una advertencia del peligro de literaturizar en exceso la existencia, una convicción del propio Jardiel que la expresa rotundamente por boca de su personaje:

—Todo eso es literatura —aseguró—, nada más que literatura, y literatura de la mala, Ernesto. El oficio acaba por destruir en nosotros el equilibrio interior. Llega un instante en que sólo vemos el Universo al través de cristales literarios. Creamos tipos absurdos y luego nos duele no encontrarlos en la realidad, Al escribir lo deformamos todo, hasta el amor, y en el laboratorio de las cuartillas obtenemos mezclas absurdas de pasiones apócrifas y de sentimientos adultera-

dos, que ni existen, ni realmente tienen por qué existir. Créelo; la mayor torpeza del mundo es mezclar la literatura con la vida. Una mujer que nos ame: he aquí la suprema aspiración. Y cuando, sobre el amor, esa mujer nos da alegría y alientos y es linda y tiene una hermosa silueta, entonces debemos besar los objetos que toca y embalsamar el aire que respira. ¿Concepción burguesa? No. Lo burgués no es lo delicado. Yo te aconsejo que ames sencillamente, rectamente, con ingenuidad y con optimismo. Lo demás, lo sofisticado, esa especie de comezón de las ideas inaccesibles, debe quedarse para estamparlo en el libro o para ponerlo en los labios de los cómicos. [OC, IV, 715].

La puerta franqueada

Estamos ante otra novela de amor, que se publicó también en «Nuestra Novela», en 1926, y en la que se halla una carencia absoluta de humor, cuando el autor ya lo empleaba abundantemente en sus cuentos cortos y otros escritos. Es decir: es una obra de transición y modelada específicamente para la colección y el tipo de lectores a los que iba dirigida.

El argumento tiene un tinte trágico y no es sino la descripción de la muerte de una mujer amada, pero contada con distanciamiento. Dos amigos salen del domicilio de uno de ellos y conversan. Al bajar la escalera encuentran abierta una puerta que siempre estaba cerrada y uno de ellos le cuenta al otro la historia del vecino del entresuelo, un hombre enamorado de su mujer hasta la obsesión y que

prácticamente la encerró en su casa para no compartirla con nadie y para protegerla de todos y de todo. Finalmente la muerte es la que consigue entrar en la fortaleza cerrada al mundo. La trágica historia suscita comentarios un tanto cínicos en el oyente, que se separa de su amigo.

La historia tiene poco contenido argumental, pero son interesantes las disquisiciones que se hacen sobre diversos temas. Además, Jardiel muestra su dominio narrativo, al contar con mesura y sobriedad un asunto que, por su naturaleza, podía fácilmente rozar el ridículo. El autor aprovecha el dolor de su personaje para plasmar su visión pesimista del mundo y de los hombres:

Todos los seres con quienes he tenido alguna relación —superficial o profunda— estuvieron de acuerdo conmigo, con mis ideas, con mis creencias y con mis amores cuando mis ojos podían contemplar la expresión de sus semblantes; pero no bien les volvía la espalda me arrojaban el cielo inmundo de la burla, del menosprecio, de la crítica más soez y repugnante; hendían con sus pezuñas lo que estaba más adentro de mi corazón; había una furia en todos por manchar de impurezas lo que consideraban más blanco, más puro, más inmaculado. ¡Ah! Y no era a mí solo. A todos les ocurre lo mismo con respecto a los demás... ¿No lo ha observado usted? ¿No ha observado usted cómo se odian los humanos? ¿No ha observado usted los ataques que se dirigen unos a otros cuando están seguros de que los atacados no pueden oírles? Allí donde hay cinco personas —¿por qué no cinco fieras?— reunidas salta el reptil del odio al ausente. [OC, IV, 750-751].

Jack, el Destripador

Esta pieza apareció en la colección «La Novela Vivida», en 1926, y Jardiel la define como «novela verídica». Se halla escrita en un estilo periodístico, pese a la inserción de diálogos, y viene encabezada por una nota preliminar en donde se indica que el asesino de Whitechapel nunca fue apresado, descartando así la posibilidad de un final de ficción alternativo y diferente de los sucesos reales y eliminando, por ende, los elementos de *suspense* del relato.

Esta novela está narrada en primera persona por un agente al que se le encarga la persecución del asesino. El interés estriba en que, en diversos momentos, el policía casi consigue apresar al criminal, al que va siguiendo de cerca los pasos. Pese a esta licencia, los datos que Jardiel emplea están tomados de los informes policiales y no se añaden más elementos ficticios. Sin embargo, se consigue mantener la atención del lector, bien mostrando la presión a la que sus superiores someten al agente o bien desviando las sospechas hacia otros personajes.

Encontramos un estilo conciso, con pocos adjetivos, con párrafos muy cortos y carente por completo de elementos superfluos. Son interesantes las conversaciones en que se van deduciendo los rasgos de personalidad del asesino, así como las reflexiones del protagonista. La novela carece de clímax, pues Jack, *el Destripador* no es apresado, desaparece y no vuelve a cometer más crímenes. Las últimas frases tienen un tono melancólico y hasta de añoranza del pasado:

Pasó mucho tiempo y yo no volví a ver jamás al fantasma de Whitechapel, por más que no dejé de rondar por el barrio ni un solo día.

Aún ahora, en 1918, al cabo de los años, desaparecidos ya del mundo el mayor Endell, Fly y el doctor King, suelo pasearme a menudo por Whitechapel.

Y oigo cómo los turistas comentan los crímenes de Jack, al pasar por Bucks Row, por Hamburg Street, por Commercial Street, por Cable Street, y al detenerse frente al London Hospital o en la rinconada de Rag Fair.

A veces los veo estremecerse, pensando que el terrible Jack va a aparecer súbitamente por una esquina de Whitechapel Road.

Y sin embargo..., ¡qué lejanos están! —¡ay!— aquellos días en que yo espiaba al doctor King, o corría por la orilla del canal del Regente, detrás de la sombra fugitiva de *Jack, el Destripador!*

(Aquí termina la parte referente al asunto de las memorias de Thomas Mc. Lower, agente de Scotland Yard, fechadas en Londres a 16 de septiembre de 1918). [OC, IV, 712].

El naufragio del *Mistinguett*

Esta novela política —evidentemente una obra de circunstancias, aparecida en 1938, que no corría riesgo de molestar a los censores— denuncia el poder de los banqueros, el imperialismo británico y el reparto de poder en el mundo; pero se centra principalmente en el tema judío, un asunto de rabiosa actualidad en aquella época de apogeo del nazismo. El antisemitismo de Jardiel queda bien patente en este libro, como lo está en *La «tournée» de Dios*, donde el

autor acusa al pueblo hebreo de controlar despiadadamente los hilos económicos que mueven el mundo.

Aparte de su contenido político de carácter paródico, la novela es una pequeña obra maestra que, quizá por sus cortas dimensiones y una mala comercialización, pasó desapercibida. En ella el autor da su versión de los acontecimientos políticos europeos del primer tercio del siglo de manera alegórica. El *Mistinguett* es un barco, mandado por un borrachín capitán francés, que naufraga en alta mar. En una balsa improvisada se encuentran gentes de varias nacionalidades, que simbolizan a sus respectivos países. Dividen la balsa en fragmentos desiguales y las relaciones entre ellos son un reflejo irónico de los conflictos internacionales del tiempo.

Jardiel insiste en el colonialismo británico, presentándonos al inglés como un aprovechado del esfuerzo de los demás, maquiavélico diplomático y dominador de los cinco continentes. Incluye una alusión velada a Gibraltar, simbolizada por un baúl que el inglés coloca en el territorio del personaje español.

Al principio, los naufragos se reparten los víveres y los anzuelos, pero luego, en virtud de las alianzas y enemistades que se van forjando, los anzuelos van cambiando de manos. Después de varios conflictos entre los individuos de diversas nacionalidades, quedan todos los anzuelos en poder del judío, que acaba por controlar la balsa, mostrando un carácter déspota y cruel. Se cuenta así, de forma simbólica, la situación europea al inicio del siglo, el establecimiento de las colonias, la Primera Guerra Mundial y la Guerra Civil Española, mostrando la situación del año en que se escribió (1938). La historia es un alegato en contra del comunismo y un reflejo del antisemitismo del autor. Se desprende del texto que Jardiel considera a este pueblo demasiado inteligente y capaz de controlar de forma secreta a los demás países.